

La calle para el jueves 29 de septiembre de 2011

Diario de un espectador

La sinceridad de Leñero

Miguel ángel granados chapa

Con gran regocijo Vicente Leñero y José Agustín recibieron la medalla Bellas Artes hace precisamente una semana. No sólo son autores de literatura que ha merecido reconocimientos diversos sino que trabajaron juntos en una redacción cuando apenas comenzaban. Aunque, a decir verdad, Leñero ya había obtenido un premio internacional, el Biblioteca Breve de la editorial catalana Seix Barral. Pero eso no había cambiado su vida y, necesitaba, como Gustavo Sainz y José Agustín, combinar su vocación creadora con la del trabajo remunerado.

Con diez años de distancia entre sus edades, había un abismo generacional entre José Agustín y Leñero. Con la gran sinceridad que hace entrañables sus textos autobiográficos, Leñero confesó sus dificultades para entender a su compañero. “Me asombraba hasta el escándalo —escribió en uno de los capítulos de *Lotería, retratos de compinches*—lo relajiento de José Agustín: muchachito moreno y picarón, que se reía con estruendo de cualquier cosa y hablaba a gritos con su voz tipluda de infante sin educación. Era un niño malcriado, chismeaba yo en mi casa. Sabía mucho de jazz y rock —lo que a mi, pobre de mi, me tenía muy sin cuidado—y hablaba de los fabulosos Béattles como si los conociera personalmente. Le gustaba todo lo que a mi no me gustaba: la música ruidosa, las canciones en inglés, la moda de la mariguana que lo llevaría luego al empastillamiento, las muchachas flaquísimas y la simplona de Julie Christie. A Julie Christie, por cierto, le escribió para *Claudia* una semblanza en primera persona que resultó un texto memorable. Fue lo mejor que escribió durante sus años en *Claudia*, además de un reportaje exclusivo sobre el Acapulco que José Agustín conocía tan bien como a sus partes íntimas, y algunos otros reportajes de servicio firmados por El equipo técnico de *Claudia*, y que pretendía decirlo todo sobre cuándo y cómo comprar un colchón matrimonial, o una cerradura para burlar rateros, o una lavadora de ropa o un negligé para la luna de miel paradisíaca”.

(Leñero no lo dice en esa reminiscencia de una redacción singular como la de esa revista. Pero como escritor más hecho que su joven colega, sus propios reportajes resultaron no sólo memorables sino publicables más allá de las páginas de ese mensual. Con ellos le fueron editados a Leñero al menos dos cuadernos, *La Zona rosa y otros reportajes*, y *El derecho de llorar y otros reportajes*).

“En aquellos tiempos de nuestra relación profesional —sigue Leñero—yo no alcanzaba a congeniar con José Agustín, a pesar de que Gustavo (Sáinz) lo definía como un autor a punto de irrumpir gloriosamente en la literatura mexicana.

“Había sido, o era todavía, tallerista preferido de Juan José Arreola y tenía en su haber una novelita que Sainz consideraba sensacional.

“Leí La tumba, luego de tanta serpentina y tanta insistencia, pero no me pareció nada del otro mundo, como tampoco me fue pareciendo, poco a poco, que José Agustín fuera tan superficial y tan cascabelero como aparentaba.

“En nuestros largos tiempos neutros en Claudia, comenzamos a platicar. Y me ganó, me fue ganando. Me impresionó. Además de listísimo, de agudo en sus lecturas, tenía una visión personal de la narrativa, desquiciante, atractivísima. Como Sainz, se había propuesto desolemnizar de una vez por todas la literatura mexicana, desde siempre estirada como los políticos trajeados...”